

Parecía ayer

Ahora que soy vieja y fuerte, ahora que ni siquiera la muerte temo, me gusta consentir que los recuerdos me bamboleen. En ocasiones vuelve ese vértigo de los trece o los veinte años, tristemente atenuado por todo lo que he vivido.

Se oye a menudo decir que no hay amor como el primero, a lo mejor es verdad. A mis doce años yo era flaca como un fideo, sin mucha gracia por fuera ni dentro; a los trece, por esos mandatos de la biología, empecé a existir para los hombres. El proceso, con todos sus volteos, tumbos y tumultos, trajo también momentos felices. Mi busto se alzó en un plis plas, sin esa eternidad que precisan los montes y hasta las lomas. Después de la primera regla mi padre empezó a mirarme. No me entiendas mal, siempre cuidó de mí tiernamente. Al cerrar la carpintería regresaba a casa sin detenerse en tabernas, sólo tenía ojos para su mujer y su única hija. Carmela. Servidora ya canosa. Tengo todo el pelo blanco y no me llaman los tintes, o si me llaman no escucho.

Ahora mi padre me miraba de otra forma, no sé si decir maravillado; incrédulo, estupefacto, como asumiendo: «Esta ya puede ser madre cuando quiera». Mi papá fue un hombre sensible y juicioso hasta que la muerte me lo llevó.

Los muchachos de la escuela comenzaron a tratarme de otro modo. Zancadillas, empujones, tirones de los lazos hasta deshacer sus nudos y malograr las coletas se esfumaron como por arte de ensalmo. Burlas de ayer —«Carmelilla Fideílla, te dejé sin silla»— cedieron paso a rubores y sofocos con sólo que los mirase. Y para un varón de trece o incluso diecisiete —por citar edades agravatorias— parece no haber peor infamia que enrojecer ante una chica, peor aún si poco antes era sólo un fideo al que hostigaban desde su atalaya de sexo fuerte. Los más atrevidos probaron a camuflar los sonrojos con vacilantes empeños de seductor prematuro. Me dejé querer hasta descubrir la amarga esencia: los impulsaba antes que nada la ambición de conquistar ¿territorios?; no tanto para jactarse, que también, cuanto para ahuyentar aquellas dudas que corroían lo más profundo de sus corazones. Y lo hacían con amor, más tarde lo comprendí, pero ocultándolo celosamente: mostrar sentimientos traía emparejada la inmediata y terrible sospecha de menguada hombría, era por eso que ensuciaban el querer con arrogancias de conquistador de las Américas. Aborrecía todo aquello, yo fantaseaba con un hombre joven —príncipe azul o gris oficinista lo mismo me daba, lo mismo me dio siempre— que me tratara con delicadeza, se embelesara al posar sus ojos sobre los míos y envolviese mi tronco entre sus brazos robustos. Aunque no había hombres en la escuela aparte de los maestros, y estos procuraban desviar enseguida la mirada, encontré en el comedor algo de lo que andaba buscando.

En la mesa contigua a la mía almorzaban seis chiquillos del segundo curso, dos niños, cuatro niñas; andarían por los siete años, tal vez ocho. Los hombrecitos eran, según fui observando más tarde en los recreos, ese modelo

de camaradas inseparables siempre dispuestos a arriesgar la cara el uno en defensa del otro, turnar en las bocas un chicle rechupado y partir todo en dos mitades. Un día que tocaba comer lentejas, lo recuerdo bien porque entonces como ahora detestaba las lentejas, mi mirada errante —el plato no quería ni verlo— encontró la de uno de ellos y le guiñé un ojo. Devolvió el guiño con sonrisa desdentada y, sin apartar la vista, propinó un codazo informativo a su compinche, para compartir también mi mirada y obsequiarme no una sino un par de deliciosas sonrisas melladas.

Fue ahí, en ese leve instante sin palabras, desde la distancia entre dos mesas con manteles de papel, cuando empecé a enamorarme. Pablo Díaz y Alberto Bermejo, aunque por esas cosas de la escuela Pablo era Pablo mientras que Alberto era Berme: había un solo Pablo en clase pero tres Albertos. A partir de entonces los busqué en el patio durante los recreos. Desde sus siete años me daban lo que no podían ofrecerme los muchachos de mi edad. Ternura. Mitad altruismo mitad interés propio, tanto por ilusionarlos como por paladear sus ojos chispeantes, por las tardes recortaba trocitos de cartulina donde dibujaba monigotes y escribía breves frases; luego los metía en dos sobres diminutos, los lacraba con corazones rojos de cinta adhesiva y a la mañana siguiente los dejaba entre sus manos advirtiéndoles que no debían abrirlos hasta llegar a casa y encontrarse a solas, aquellos pedacitos de cartulina eran nuestros secretos. A veces me servía de un inglés macarrónico —el único a mi alcance— para dar lustre al misterio con un toque cosmopolita. Tal como supe después, estos mensajes de farsante bilingüe los traducía el padre de Pablo, quien sin haberme conocido ya me guardaba cariño, «What I would give for to touch your lips», «Lo que yo daría por tocar tus labios». No les

importaba que el otro recibiese un sobrecito exactamente igual. En otras ocasiones ideaba códigos ramplones para forjar la ilusión de que nadie podría entrometerse en nuestros asuntos, «Sere sám odnil euq nu los», o les enseñaba a construir barcos y aviones de papel o improvisaba cuentos cuyos héroes —Berme y Pablo— salían victoriosos de las trampas que la vida les tendía y de los líos que ellos solos se buscaban; en fin, todo lo que se me ocurría con mis trece, catorce años.

Les perdí la pista cuando pasé al instituto. Un mediodía de agosto, mucho más tarde, los encontré en la piscina municipal. Tendrían ya quince años, yo veinte. Observaba desde lejos, parecía que eran ellos pero no podía estar segura. Avancé unos pasos para ver mejor, Berme me pilló mirando y —sin dejar de contemplarme— esclareció que no andaba equivocada con un gesto que me puso toda la carne de gallina, de tobillos a coronilla: el célebre codazo a su mejor amigo, el mismo aviso travieso que prendió nuestra amistad siete años antes. No me reconocieron, los muy atolondrados; seguí mirando con descaro. Tras un breve intercambio de palabras que desde mi sitio no podía oír, echaron a andar hacia mí. Me sacaban la cabeza, como es natural habían crecido; yo soy más bien pequeñita. «Esta quiere guerra» o algo parecido calculaban, seguro; después de presentarse —«Alberto, Pablo», «Yo Nieves», mentí por tomarles un rato el pelo— no demoraron en entregarse a un cortejo expeditivo, con gracia y desparpajo impropios de su edad, sin groserías ni rudezas pero derechos al grano. Y encima los dos a un tiempo, a lo mejor turnaban novias como cuando niños chicles. Con tanta maña que hasta me puse nerviosa, fíjate tú, dos criaturas que eran como hermanitos perdidos recién recobrados. Casi no sabía ya cómo explicar quién era, y hasta temía que

no recordasen nada y me tomaran por eso que los hombres llaman calientapollas, que vaya mal gusto y qué mal perder se gastan algunos hombres en ciertos casos. Antes de que la cosa pudiera llegar a mayores los atajé: «¿No os recuerdo a nadie?», y aproveché su desconcierto para recrear el guiño del día aquel que tocaba comer lentejas. Comprendieron. Se miraron sin articular palabra, como para compartir el estupor, y al punto volvieron sus ojos hacia mí, dos guiñados, dos abiertos, dos sonrisas ahora pletóricas de dientes blancos, y declamaron a la par, teatrales y telepáticos: «Lo que yo daría por tocar tus labios».

Es uno de los momentos más hermosos que he vivido, me eché a llorar como una tonta. Los invité a unas cañas, «Ya beberéis cerveza, ¿verdad?» y pasamos el resto del día juntos, contándonos los siete últimos años sin orden ni falta que hacía, robándonos la palabra y queriéndonos con los ojos, apuntalando la amistad recién rescatada.

Parecía que fuese ayer.

Todavía hoy, si los achaques consienten, nos vemos de vez en cuando. Claro que en tantos años ha ocurrido de todo, y no siempre tan grato. Pero eso ya lo recordaré otro día.

Hoy prefiero recordar que Pablo y Berme, Berme y Pablo, desdentados y platónicos, fueron mi primer amor. Tal vez el único verdadero.